

Reflexionemos

Sobre las lecturas del domingo

VIGÉSIMO SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO — 7 de OCT. de 2018

Introducción: A raíz de la publicación de la encíclica del papa Francisco *Amoris Laetitia* (“La alegría del amor”) se han dado muchas discusiones teológicas en torno a un asunto doctrinal muy importante: El divorcio entre católicos, el matrimonio civil posterior y cómo vincular a estas parejas con la Iglesia y con la Eucaristía. Me imagino que las personas con posturas diferentes con respecto a estas cuestiones estarían de acuerdo en un punto: la necesidad de que procuremos reducir la cantidad de divorcios conforme seguimos adelante. Como nunca antes, la cohabitación previa al matrimonio y el subsiguiente divorcio han estado tan generalizados como están hoy, secundados y promovidos por una cultura que es contraria a Dios y se opone al matrimonio.

No debería ser sorpresa que el matrimonio esté siendo blanco de ataques, porque durante toda su vida Jesús distinguió al matrimonio como la imagen que mejor ilustra su relación con aquellos que redimió mediante su muerte. De modo que, en un sentido muy real, el matrimonio es un ícono de Jesucristo. Un ícono es la representación visual de una verdad eterna. En consecuencia, cuando un matrimonio cristiano es constante y verdadero a pesar de las dificultades y tormentas de la vida, los demás, al observar su ejemplo, llegarán a la conclusión de que el amor de Jesús también es constante y verdadero. En cambio, cuando dos cristianos renuncian a resolver sus diferencias, ya sea por egoísmo o por desesperación, y disuelven su matrimonio, los demás observarán su ejemplo y llegarán a la conclusión de que el amor de Jesús también se puede disolver. Es por eso que debemos frenar la oleada de matrimonios fracasados, aun cuando abracemos con gracia y amor a aquellos que han pasado por un divorcio.

Sorprende que el punto propicio para detener la oleada de divorcios no esté solamente en la terapia matrimonial, aunque sea algo vital e importante para aquellas parejas que estén atravesando por dificultades maritales. Para frenar dicha oleada debemos cambiar los valores culturales con respecto al matrimonio y al divorcio desde antes de que la pareja empiece a relacionarse, se comprometa y se case. Alguien ha dicho: “La gente sana tiene matrimonios sanos”. Esta sencilla afirmación da en el blanco del problema. A menos que cada persona que esté en una relación marital se comprometa independientemente a seguir a Cristo plenamente, a perfeccionar su amor por Cristo durante toda la vida y a aplicar sus verdades y su fuerza moral a la vida diaria, la relación difícilmente resultará en un matrimonio cristiano sólido. El matrimonio une a dos personas imperfectas que aportan a la relación no solamente sus factores positivos y sus recursos, sino también sus fallas, sus defectos y sus penas.

Solamente la cristiandad brinda los valores, los principios y el poder para vivir como se debe vivir en una relación santa entre dos personas imperfectas.

En consecuencia, para frenar la oleada de divorcios debemos empezar por ser discípulos y formar discípulos toda la vida mediante la formación cristiana. Al ser discípulos toda la vida nosotros mismos nos colocaremos en una curva positiva de crecimiento espiritual, aprendiendo a vivir como debemos con nuestra pareja y con las demás personas con quienes nos relacionamos en nuestro mundo. Esto por sí mismo constituye un poderoso ejemplo que servirá para educar a las generaciones venideras. Sin embargo, debemos dar un paso más y animar e invitar a nuestros hijos, familiares y amistades a unirse a nosotros en una vida de discipulado y de formación. El matrimonio es un sacramento demasiado importante y una señal del amor de Jesús para que permitamos que su significado degenerare en un acuerdo pasajero y sin sentido.

“En esto radica la diferencia entre el matrimonio cristiano y el matrimonio no cristiano. Para los cristianos el matrimonio, como todo en la vida, no tiene que ver simplemente con lo que cada cual pueda comprender en un plano personal, sino que debería referirse a volver a configurar nuestras creencias y nuestra conducta de modo que coincidan con *la voluntad buena y perfecta de Cristo*, en lugar de basarse en nuestra propia opinión.

“La mejor preparación para ser un cónyuge piadoso es concentrarse en ser la clase de persona a quien Dios gustosamente le confiaría en matrimonio la vida de uno de sus hijos predilectos. La persona que consagre su vida a seguir a Dios y a perfeccionarse como su discípulo, así como a dedicarse de corazón a complacer a Cristo sobre todas las cosas, estará maravillosamente preparada para asumir las responsabilidades que conlleva ser un cónyuge piadoso.”*

*Cleveland, Rich. *Celebrating Life Together*, p. 18.

Para consultar en la Biblia los textos correspondientes a las lecturas de este domingo:

1. Diríjase por Internet al siguiente enlace: <http://www.usccb.org/bible/index.cfm>
2. A la derecha de la pantalla aparece el calendario. Seleccione la fecha de la lectura que usted desea consultar.
3. Cuando las lecturas aparezcan en inglés, haga clic en la parte superior, donde dice **EN ESPAÑOL**. Así tendrá acceso a las lecturas traducidas al español.

Primera Lectura — Génesis, 2, 18-24

1. ¿Cómo ayuda el pasaje de Génesis a definir la soledad?
2. ¿Qué significan para usted las expresiones: “deja a sus padres” y “se une a una mujer para formar con ella un solo ser”?

Lectura del Salmo Responsorial — Salmo 128, 1-6

Segunda Lectura — Hebreos 2, 9-11

3. ¿Qué podemos aprender del ejemplo de Jesús para lidiar con las imperfecciones de nuestro cónyuge?

Lectura del Evangelio — Marcos 10, 2-16

4. ¿Qué quiso decir Jesús cuando indicó que Moisés permitió el divorcio porque “ustedes son duros de corazón”?
5. ¿Cuáles son las razones positivas por las cuales las personas deberían evitar el divorcio?
6. Describa lo que usted piensa que debería ser la actitud cristiana hacia el divorcio y hacia el matrimonio.
7. ¿De qué manera la calidad de un matrimonio facilita que los niños vayan hacia Jesús o impide que se acerquen a Él?

Reflexionemos

Sobre las lecturas del domingo

VIGÉSIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO — 14 de OCT. de 2018

Introducción: Alguien ha hecho la observación de que se puede bloquear la luz solar colocándose una moneda de un centavo lo suficientemente cerca de un ojo. Así es con respecto a muchas de las cosas buenas de la vida, incluso el dinero y los bienes materiales. En sí mismos, el dinero y los bienes materiales no son malos ni representan la maldad. En efecto, todos los bienes materiales son regalos de Dios para nosotros: “Pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuya, Oh Señor, es la realeza; tú estás por encima de todo. Te acompañan la gloria y las riquezas. Tú eres dueño de todo”. (1 Crónicas 29, 11b, 12a).

El problema del hombre en lo que respecta a los bienes y a las riquezas es que se apega tanto a ellos que reemplaza al Hijo como el centro de su visión, la niña de sus ojos. Me parece que el significado del Evangelio de esta semana es la advertencia de Jesús acerca del “apego a las riquezas”. Mientras permanezcamos en este mundo siempre tendremos contacto con bienes materiales y con dinero, pero éstos deben ser medios para vivir, pero no un fin en sí mismos. La verdadera paz y felicidad se ve realizada cuando reconocemos que los bienes materiales y el dinero son simplemente instrumentos que nos permiten vivir como Dios desea que vivamos. Son medios, pero no un fin en sí mismos.

Esto da lugar a la pregunta: “¿Cuál debería ser el fin o el objetivo de nuestra existencia? ¿No se trata de la misma cuestión con la que Jesús confronta al joven rico? Es decir, despréndete de cualquier cosa en la vida que esté impidiendo que te comprometas y sígueme.

El gobernante joven y rico había hecho muchas cosas dignas de elogio. Muchos dirían que “tenía el corazón en el lugar debido”. Sin embargo, su respuesta cuando Cristo lo desafió y lo invitó a vender todo a fin de que lo siguiera, indicó que vacilaba en cuanto a poner el llamado de Cristo por delante de su vida de seguridad financiera.

Sorprende que a menudo no solamente la gente adinerada se ve acosada por el problema de confiar en las riquezas. Muchas veces, a nosotros que tenemos poco igualmente nos preocupa y nos inquieta adquirir más dinero estamos igualmente preocupados con la inquietud de adquirir más dinero, y nuestra preocupación bloquea la realidad de Jesucristo y su llamado a la vida digna. En realidad, preocuparse por adquirir más bienes y dinero es simplemente otra manera de decir que confiamos en ellos. ¿Por qué nos preocupamos? Porque en lo más profundo de nuestro corazón pensamos (confiamos) que ellos son la clave de la seguridad, la comodidad, la libertad, la paz, y de muchos otros deseos internos.

Las Sagradas Escrituras no nos indican cuál fue la respuesta final del joven rico, sino que solo nos relatan el revuelo emocional que la decisión obviamente estaba causando. Conforme

crece nuestro discipulado y nuestro compromiso a menudo experimentamos inicialmente una pena similar cuando decidimos desprendernos de algo a lo cual estamos apegados, para reemplazarlo por Alguien a quien preferimos amar más: a Jesús. Pero la pena no es duradera y, como Jesús sigue enseñando en este pasaje, esa pena es reemplazada por un júbilo sin par que, en comparación, es cien veces mayor y tiene valor eterno.

“María Cristina de Savoy, la joven, bonita y culta reina de Nápoles, dijo: ‘Aunque estoy sana, soy rica y bella... Entonces, ¿qué? Soy casi única en cuanto a mi agudeza y a mi formación... Entonces, ¿qué?... Aunque pudiera disfrutar del mundo durante mil años... Entonces, ¿qué? Pronto morimos y nada queda: ¡Sirve a tu Dios y entonces lo tendrás todo!’”*

En la primera lectura de esta semana dice: “Por lo tanto invoqué y vino sobre mí el espíritu de sabiduría”. En el mundo actual, materialista y secular, están muy extendidos el consejo falso y las trampas seductivas, debido a la creencia de que quien tenga más juguetes será el ganador. Habiendo sido bombardeados con estos mensajes será muy difícil cambiar la manera en que nos relacionamos con los bienes materiales y con el dinero. Tal vez, antes que nada, deberíamos empezar por rezar diaria y constantemente para pedirle a Dios que nos comprenda y nos otorgue un espíritu de sabiduría similar al de María Cristina de Savoy. Entonces tal vez lleguemos a comprender que quien tiene más juguetes en realidad es el que pierde y quien le sirve a Dios es el que gana.

*Luciani, Albino. *Illustrisimi: Letters from Pope John Paul I*, p. 127.

Para consultar en la Biblia los textos correspondientes a las lecturas de este domingo:

1. Diríjase por Internet al siguiente enlace: <http://www.usccb.org/bible/index.cfm>
2. A la derecha de la pantalla aparece el calendario. Seleccione la fecha de la lectura que usted desea consultar.
3. Cuando las lecturas aparezcan en inglés, haga clic en la parte superior, donde dice **EN ESPAÑOL**. Así tendrá acceso a las lecturas traducidas al español.

Primera Lectura — Sabiduría 7, 7-11

1. ¿Cómo resumiría usted el valor de la sabiduría?

Lectura del Salmo Responsorial — Salmo 90, 12-17

Segunda Lectura — Hebreos 4, 12-13

2. ¿Qué significa para usted: “la palabra de Dios vive y es efectiva”?

3. Dé un ejemplo de cómo la Palabra de Dios determina nuestro pensamiento y nuestras intenciones.

Lectura del Evangelio — Marcos 10, 17-30

4. ¿Dónde se ve usted situado en este relato?
5. ¿Cómo respondería usted si Jesús le hiciera la misma invitación?
6. ¿Cuáles son las señales que nos advierten que estamos en peligro de confiar el dinero?
7. ¿Qué motivaciones para llevar una vida de sacrificio percibe usted?

Reflexionemos

Sobre las lecturas del domingo

VIGÉSIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO — 21 de OCT. de 2018

Introducción: La condición humana de los discípulos debería ser un gran consuelo para nosotros, mientras que la magnanimidad de Jesús debería infundirnos gran esperanza. Los discípulos eran tan humanos como nosotros pero, por la gracia de Cristo, acabaron siendo tan piadosos. En el Evangelio de esta semana se nos recuerda que el sendero de discipulado es un proceso de perfeccionamiento y no un nivel de santidad que se logra una vez y para siempre. En lugar de desalentarnos cuando se manifiesta nuestra humanidad pecadora, debemos recordarnos a nosotros mismos que somos una obra en evolución y que a medida que nos acerquemos más a la Luz, los defectos resaltarán. Muy a menudo, adquirir conciencia de nuestros pecados es indicación de que estamos acercándonos más a Cristo. Los discípulos habían estado junto a Cristo por algún tiempo, en la misma presencia del Hijo de Dios, pero Santiago y Juan no habían eliminado de su vida las ínfulas de grandeza y de posición. Ni tampoco era la reacción pecadora de los otros diez discípulos. Ellos también estaban en proceso de perfeccionamiento y no habían “llegado”, a pesar de que eran los doce discípulos seleccionados personalmente por el mismo Cristo.

La magnanimidad de Jesús y su ejemplo de servicio quedaron demostrados en la pregunta que les hizo a Santiago y a Juan: ¿Pueden beber de este cáliz? Debido a su ignorancia y tal vez a su arrogancia ellos respondieron: “Podemos”. En lugar de tomar a mal su ignorancia y su arrogancia, Jesús los incorpora a su proceso salvífico. Al contestar, Jesús quiso decir: “cuando yo esté allí colgado, bebiendo los desechos de los pecados del hombre y redimiendo a toda la humanidad con el fiero bautismo de la cruz, ustedes estarán allí, representados por mí”. Por su gran generosidad y nobleza de espíritu Jesús pasó por alto la insensatez y los pecados de los discípulos y, aunque los consideró imperfectos, los incluyó en su obra salvífica.

En este recuento de su interacción con Santiago y con Juan, Jesús les imparte esperanza a sus seguidores que siguen siendo tan imperfectos y tan insensatos. Porque su gracia no abarca solamente a los merecedores y perfectos de este mundo, que no existen, sino también a aquellos seres imperfectos e insensatos que optan por creer y confiar en el cáliz de salvación que él consumió por nosotros.

Al superar obstáculos en nuestro camino hacia Dios, nos preocupamos de la indignidad de nuestro amor, pero nos percatamos de que ya se le ha prestado atención. Recibió la debida atención en ese momento representativo, a través de otra persona en ese momento, cuando él gritó: ‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’ y al decirlo le entregó al Padre todo lo que había asumido dentro del vientre de María.

“... Inquietarnos por la calidad de nuestro amor es no captar la esencia de la cuestión.

Sin embargo, para ofrecer lo mejor de nosotros mismos nos examinamos internamente, confesamos nuestras faltas y rezamos para obtener gracia. Pero nunca será suficiente, a menos que, con todo y sus faltas, nuestro amor se le entregue y se eleve a su amor por el Padre.”¹

Esta es la esperanza de salvación: que nosotros que somos tan humanos podamos ser recibidos y aceptados por Dios. Isaías profetizó acerca de este asombroso amor y de esta transacción salvífica en la cual, a cambio del sufrimiento de Jesús pasaríamos a ser justos. ¿Qué esperanza está presente en esta profecía: “él verá el fruto de las tribulaciones de su alma y se verá satisfecho”? Jesús satisface que Dios exija justicia para nosotros. “El justo, mi siervo, hará muchas cosas para ganarse la consideración como tal—y él cargará con nuestras iniquidades”. ¡Qué glorioso intercambio! Esta es la esperanza de salvación en la cual debemos fijar los ojos y anclar nuestros pensamientos. Porque conforme logremos acercarnos a Jesús y amarlo, la gloriosa Luz del Mundo, nuestros pecados y nuestras imperfecciones serán hasta más aparentes bajo su luz. Si nos examinamos internamente en busca del más leve y reconfortante indicio de superioridad moral, retrocederemos presos del miedo. Pero si nos enfocamos en Jesús, nuestro sumo sacerdote, y en el glorioso intercambio que él procuró para nosotros, entonces podremos acercarnos “con confianza” al trono de Cristo.

¹ Neuhaus, R.P. Richard John. *Death on a Friday Afternoon*, p. 235.

Para consultar en la Biblia los textos correspondientes a las lecturas de este domingo:

1. Diríjase por Internet al siguiente enlace: <http://www.usccb.org/bible/index.cfm>
2. A la derecha de la pantalla aparece el calendario. Seleccione la fecha de la lectura que usted desea consultar.
3. Cuando las lecturas aparezcan en inglés, haga clic en la parte superior, donde dice **EN ESPAÑOL**. Así tendrá acceso a las lecturas traducidas al español.

Primera Lectura — Isaías 53, 10-11

1. ¿Cuántos aspectos de la salvación puede usted descubrir en este pasaje? ¿Cuál tiene más significado para usted?

Lectura del Salmo Responsorial — Salmo 33, 4-5, 18-20, 22

Segunda Lectura — Hebreos 4, 14-16

2. ¿Cómo debería afectar nuestra vida comprender la intercesión de Jesús por nosotros?

3. ¿Qué quiere decir el autor de Hebreos con la expresión: “mantengamos firme la profesión de nuestra fe”?

Lectura del Evangelio — Marcos 10, 35-45

4. ¿Cómo respondería usted si Jesús le preguntara: “¿Qué quieres que yo haga por ti?”
5. ¿Por qué le parece que los discípulos estaban indignados? ¿Cuál era la raíz de su respuesta?
6. ¿Cómo demostró Jesús el hecho de ser siervo y ser “el esclavo de todos”?
7. Con base en el discurso de Jesús, redefina lo que significa “servir”.

Reflexionemos

Sobre las lecturas del domingo

TRIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO — 28 de OCT. de 2018

Introducción: El relato del encuentro de Jesús con Bartimeo, una de las historias favoritas de los niños, debería serlo también de los adultos. Cuando nuestro hijo mayor tenía como tres años, empezamos a leerle regularmente libros que contenían historias de la Biblia. Él conocía mejor la historia de Bartimeo de lo que nosotros nos habíamos percatado. En una reunión familiar, estábamos en un cuarto repleto de gente, cuando al niño empezó a moquearle la nariz profusamente. Después de haber tratado varias veces de conseguir con urgencia que su mamá le pasara un pañuelo desechable sin lograr captar su atención, exclamó: “¡Mami, ten compasión de mí, me está moqueando la nariz!”. El niño había aprendido bien la lección de que Jesús no dejó de prestarle atención a un grito que pedía compasión y él esperaba que su madre reaccionara de la misma manera.

Sin embargo, como adultos nos parecemos más a las multitudes que seguían a Jesús que a Bartimeo. Él estaba físicamente ciego, lo sabía y estaba seguro de que la misericordia de Dios sería lo único que podría ayudarlo. En un sentido espiritual, la multitud estaba igualmente ciega, como quedó tan claramente demostrado más adelante en el ministerio de Jesús, cuando tantos le dieron la espalda y consintieron que lo crucificaran. Pero ellos no se daban cuenta de quién era Jesús ni se percataban de su propia ceguera espiritual, no entendían su propia condición y no tenían la suficiente humildad y necesidad para suplicar misericordia. De igual manera, a menudo vamos dando retumbos por la vida sin reconocer nuestra propia ceguera.

La respuesta que le dio Jesús a Bartimeo debería llenarnos de esperanza. Su reacción contrasta marcadamente con la forma en que reaccionaron los muchos que rodeaban a Jesús y al ciego Bartimeo. Todos oyeron la exclamación de Bartimeo, pero para muchos la respuesta había sido una amonestación verbal de que debían permanecer en silencio y no perturbar a Jesús, o perturbarlos a ellos, con su deplorable condición. Por otra parte, Jesús no solamente oyó a Bartimeo con sus oídos sino también lo oyó con su corazón. Jesús siempre nos oye. ¡Siempre! Jesús siempre oirá entre la multitud aunque sea una sola voz que clame por ayuda.

Sin duda, durante todos los años que había estado ciego, Bartimeo había pasado mucho tiempo pensando en su condición. Dudo que en algún momento llegara a abrigar la esperanza de que iba a ser curado de su ceguera, pero cuando Jesús le pasó al lado, debe haberse apercebido de que se trataba de una persona especial. Su clamor por piedad esta vez no era el consabido ruego del mendigo que pide limosna, sino un genuino conocimiento de que este “profeta” estaba supuesto a realmente curar a las personas. De modo que, por necesidad, él exclamó con fe y esperanza: “¡Hijo de David, ten piedad de mí! Y ya conocemos el resto de la historia.

Lectura del Salmo Responsorial — Salmo 126, 1-6

Segunda Lectura — Hebreos 5, 1-6

3. ¿Por qué piensa usted que Dios se preocupa tan intensamente por propia los pobres y los necesitados del mundo?

4. ¿Cómo se describe en este pasaje del libro Hebreos la función principal del sacerdote?

Lectura del Evangelio — Marcos 10, 46-52

5. Aparte de la ceguera física, ¿qué muestras de ceguera ve usted en la sociedad?

6. ¿Cómo reacciona usted ante la ceguera de otra persona?

7. ¿Qué pasos recomendaría usted para determinar el grado de la propia ceguera?

8. ¿Cómo podemos cultivar la fe de modo que nuestras peticiones a Jesús sean con base en la fe?